



PREGÓN  
SEMANA SANTA MINERA  
LA UNIÓN 2017  
**Gregorio Mármol Pérez**



Ilustre Cofradía del Stmo. Cristo de los Mineros  
LA UNIÓN

Autor:

**Gregorio Mármol Pérez**

Editan:

**Ilustre Cofradía del Stmo. Cristo de los  
Mineros**

**Excmo. Ayuntamiento de la Unión**

Fotografías:

**Pedro Pérez Nieto**

**Rafa Fotografía**

Imprime:

**Galindo artes gráficas**

# **PREGÓN SEMANA SANTA MINERA 2017**



**Gregorio Mármol Pérez**

De repente aquí estoy. Como un sueño, asomado a un balcón por el que se cuele el tibio sol de primavera, contemplando la Sierra Minera con sus contrastes de colores, agitado por las ventoleras de media tarde, esas que huelen a terrera y que dejan en el ambiente una extraña, pero muy familiar atmósfera. Aquí estoy, reencontrándome con olores, sonidos y estampas que crean en mí sensaciones que nunca di por sepultadas bajo las gangas que quedan al cribar toneladas de vivencias acumuladas en el tiempo. Cierto es que he hallado con suma facilidad mi mena pasionaria, que ocupa un lugar privilegiado del arcón donde atesoro emociones y sentimientos.

Como tantos unionenses, aguardo con ilusión a que pase el Cristo de los Mineros y su madre, la Virgen Dolorosa, en la noche en la que el mundo cristiano se prepara para revivir los misterios de la Pasión y Muerte del Redentor, en vísperas de su salvadora venida. Me siento honrado, privilegiado y agradecido por la misión que me encomienda mi cofradía; comparezco con la emoción a flor de piel y trémulo por la responsabilidad contraída. Debo reconocer

que el ofrecimiento de nuestro Hermano Mayor, Juan Antonio Pérez Campillo, para pregonar me dejó inicialmente como el raso de las capas de San Juan cuando acaba la procesión de Viernes Santo: blanco y frío. Fue por inesperado y, probablemente, innecesario. Casi siempre abrumado, suelo declinar ofrecimientos similares si carezco de lazos afectivos con el evento en cuestión. Pero esta vez ni pude ni quise rechazar su generosa invitación por motivos obvios que poca explicación necesitan. Estoy en mi parroquia, en mi ciudad, en mi casa. Con la cofradía de la que soy hermano fundador. Igual que ustedes, son testigos principales de este momento mi Cristo, el de los Mineros, y mi Patrona, la Virgen del Rosario. Nada aquí me es ajeno.

Deseo y espero estar a la altura que merece nuestra Semana Santa. Anteriores pregoneros hacen muy difícil la tarea a quien se siente más cómodo en el papel de discreto cronista que en el de orador, por lo que les agradezco de antemano su infinita paciencia y generosidad.

**Unionenses, cofrades:**

Ante nuestros ojos ya se asoma una Semana

Santa modesta y singular, rasgos consustanciales a la esencia de este pueblo relativamente moderno como municipio, pero cuya noble piel está curtida por las diversas civilizaciones que aquí se establecieron tentadas por sus recursos naturales. Esfuerzo y trabajo han marcado el día a día en esta vieja lluro de los iberos en la que también dejaron su impronta carthagineses, romanos, bizantinos y musulmanes hasta la implantación de los primeros cristianos, quizás alumbrados por la luz del Evangelio que el apóstol Santiago trajo por nuestras costas. No es casual que tengamos al santo peregrino por protector principal de la entrañable Portmán. Conviene también recordar que hablar de la Semana Santa de La Unión es hacerlo de un rito bicentenario que hunde sus raíces en la vieja ermita de El Garbanzal, antecedente rural de la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores. Esta manifestación de religiosidad popular creció a la par del municipio y, tras temporadas de alternar penurias y esplendor, que de todo hubo, logró resurgir con brío cuando languidecía la última centuria.

Fue posible gracias a la entusiasta iniciativa de un grupo de unionenses que se habían hecho mayores añorando el hermoso recuerdo de aquellas procesiones coloristas de su adolescencia, cuando a principios de los años sesenta del siglo pasado la calle Mayor, repleta de gente, quedaba convertida en una rumbosa Sierpes levantina el Jueves Santo

por la noche y, especialmente, el Viernes Santo por la mañana con motivo de la muy recordada Procesión General. Quienes nacimos en los años setenta nos sumamos a la iniciativa con la nostalgia heredada por vía familiar y con el deseo de buscar en nuestras propias raíces un revulsivo social en momentos de zozobra para esta tierra. Así fue como arrimamos el hombro cuando se abría otra etapa incierta para La Unión, herida por el cierre de su última mina.

En mi caso, seguían muy presentes vivencias de aquellos Jueves Santo en los que, siendo aún muy niño y de la mano de mis padres, Juan y Ginesa, acompañábamos al Cristo de los Mineros por calles en penumbra, encajados en filas de vecinos que abrigaban su trono en cumplimiento de un ritual.

Participaba feliz, entretenido en los redobles de los tambores de la banda de la Cruz Roja y engañando el cansancio con el dulzor de los caramelos de menta que mi padre guardaba en sus bolsillos. No hay en mi casa más antecedentes procesionistas que esos, aunque después, con el paso de los años, se multiplicaron, por fortuna. Aquella modesta simiente creció en mi interior abonada también por los recuerdos de niñez que todos los años por estas fechas refrescaba (y sigue haciéndolo) mi madre, mientras escuchábamos marchas de procesión en la radio. La melancolía de los clarines de ‘Mektub’, la épica del crescendo de ‘San Juan’ y las luminosas notas de ‘Triunfal’ y ‘Virgen del Tura’ me acercaron emocionalmente a esos desfiles de gigantes encapuchados que escoltaban a Jesús en sus más tristes horas en este reino mundano. Así veía yo a los capirotos cuando aparecían en televisión o cuando, a falta de procesiones aquí, me llevaban a ver alguna a Cartagena. En cuanto tuve edad y oportunidad, sin dudarlo, entré a militar en aquella legión de penitentes que ven en el silencio y la rigidez de la fila una eficaz



forma de salir al encuentro de lo divino.

Decía que la historia de nuestra Semana Santa es la de continuas decepciones y sucesivas ilusiones, achacables en parte a los ciclos económicos que condicionaron la actividad minera, aunque también a nuestro oscilante estado de ánimo. Los unionenses demostramos ser tan entusiastas y audaces a la hora de emprender como apáticos cuando consideramos que el tiempo nos vence. De ello no se ha salvado ni tan siquiera la talla del Cristo de los Mineros, a la que tanta devoción profesamos pero que en distintas etapas ha tenido dificultades para encontrar hombros que le lleven al encuentro con sus hijos. La experiencia nos debe servir para no asumir en el futuro semejantes riesgos y cuidar nuestra Semana Santa como joya cultural, religiosa y antropológica que es. Debemos tener muy presente, además, la responsabilidad contraída en 1995, cuando la Comunidad Autónoma declaró de interés turístico regional el Jueves Santo Minero. Ese sello de calidad da visibilidad en programas oficiales y oficinas de turismo, pero también compromete a mantener la estructura y el

espíritu de la procesión, a cuidar el patrimonio artístico que atesora, los enseres autóctonos que la adornan para hacerla inigualable y hasta la música que hace más liviano el camino a los penitentes. De lo contrario corre el peligro de trivializarse para acabar como una más de las muchas procesiones que en las últimas dos décadas han surgido por toda la geografía regional con dignidad y devoción, pero sin tradición ni pellizco, que diría el flamenco.

### **Nuevos tiempos**

Hemos cumplido recientemente veinticinco años de este cuarto gran ciclo de procesiones, el más estable de toda nuestra historia junto con aquella olvidada primera etapa que feneció hacia 1900. Casi un siglo después fuimos capaces de obrar un milagroso resurgimiento para dejar atrás años de anodinas procesiones organizadas entre rescoldos de añoranza, desengaños y decepción. Curiosamente, en estos tiempos en que la gente pone distancia con la fe, la Semana Santa Minera destaca por la incorporación de multitud de jóvenes a las agrupaciones y por la renovada devoción a su gran protagonista: el Cristo de los

Mineros. Si todo ello ha ocurrido en un contexto social de grave crisis económica, con la ciudad asimilada a un paciente crónico que busca en los servicios y el turismo una salvadora medicina, podemos decir con orgullo que todos hemos contribuido, modestamente y como quien no quiere la cosa, a cambiar el curso de nuestra historia.

A diferencia de otras épocas, la Semana Santa ha resistido estos años tan duros gracias al carácter, el tesón, el esfuerzo colectivo y la devoción de los hijos de esta tierra. En este mismo templo, a finales de los noventa y mientras preparaba un programa sobre procesiones para Onda Regional de Murcia, Asensio Sáez me hablaba del “milagro” que había supuesto para La Unión sus redivivas procesiones, pues pocas cosas habían unido e ilusionado tanto a sus habitantes en los últimos tiempos como estas manifestaciones de devoción popular. Ahora que sopla viento a favor, aprovechemos para seguir haciendo grande (y no me refiero a tamaño) aquella obra que entusiastamente fue forjada en la Asociación Cultural Ciudad de La Unión gracias a su

fundador, Eugenio Faraco, y a quien fue párroco de este templo José Manzano. El año que viene celebraremos el histórico acontecimiento del vigésimo quinto aniversario de la fundación de la Ilustre Cofradía del Cristo de los Mineros.

Ejemplo inequívoco de la buena salud que goza la institución es que el próximo sábado seremos testigos de otro hito: una procesión infantil ideada con la mejor intención de despertar devociones, enraizar a los chiquillos y darles nuevas oportunidades de vestir las túnicas de sus agrupaciones, acompañando al Niño Jesús de la Mina, antes de que lleguen los días centrales de la Pasión. El nuevo cortejo se convierte, además, en un sentido homenaje a los zagales sin infancia que, a la fuerza, se hicieron hombres en las gavias de la sierra; trágica realidad que nuestra memoria colectiva tampoco debe olvidar.

Bienvenidas sean nuevas ilusiones, siempre que estén inspiradas y sustentadas en la historia y tradición de La Unión. Que de ambas cosas hay en abundancia y así debemos hacer para enseñar con el ejemplo a las generaciones que recogerán nuestro

testigo. Hay que abrir puertas y ventanas, que la participación sea para todos un estímulo que contribuya a engrandecer esta obra. Los Niños de la Gavia será un ilusionante inicio de una Semana Santa que se confirma en la mañana del Domingo de Ramos con una procesión auténtica, desnuda de túnicas y capuces, pero envuelta de mágica religiosidad: me refiero a la de las Palmas, con la que conmemoramos el hecho glorioso de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, aclamado por la multitud como hijo de Dios.

### **Las procesiones**

Palmas y olivos hermanan a las dos comunidades parroquiales de esta ciudad en los preparativos de los momentos culminantes de la Pasión y Muerte de Jesucristo. Es el Jueves Santo ese día grande que todos esperamos y para el que nos preparamos durante todo un año; mezcla de catequesis, devoción y tradición protagonizada por decenas de penitentes que, alumbrados por los típicos carburos, trazan un camino de conversión acompañando a las imágenes devocionales: Nuestro Padre Jesús Nazareno, la Mujer

Verónica, San Juan Evangelista, la Virgen Dolorosa, Nuestra Señora de la Caridad y el Cristo de los Mineros. Aquí el orden cronológico es lo de menos, pues lo importante es la representación de la pasión, acompañar al Señor hasta el Gólgota en una noche en la que los aromas del purificador incienso suelen mezclarse con los olores de la sierra; fragancias de aliagas y tomillos que ya se perciben en cuanto la procesión llega al Punto para atravesar la calle Mayor.

Cristo de los Mineros. He ahí el milagro. Compañerico de tajo que es alfa y omega de nuestra pasionaria. Lleva más de un siglo siendo el Señor de La Unión, bendiciéndola en sus distintas e históricas advocaciones: primero como Cristo de los Bomberos, luego como de la Cruz Roja, venerable institución que la salvó de las llamas en tiempos de sinrazón. Desde hace cincuenta años, este crucificado al que dio sublime expresión el escultor valenciano José Gerique cobra el protagonismo absoluto de los cortejos penitenciales. No exagero si proclamo que lo amamos fraternalmente, porque en su sereno dolor identificamos el padecimiento

de nuestro pueblo; su salvación es nuestra esperanza, como atestiguan los versos que dejó escritos María Cegarra en el romance que le dedicó: “... Se queda muy junto a ellos / Consolando sus quebrantos. / No están solos los mineros. Tienen quien coja su llanto”.

El filón literario más puro que ha dado jamás esta tierra llenaba su enorme vacío de poetisa con una delicada devoción a este crucificado, como demuestran los más bellos versos que quizás le hayan dedicado para cantarlos a su paso:

Dejadme que coja al Cristo  
con mis brazos de minero;  
en cuanto nos hemos visto  
me ha llamado “compañero”.

En estas fechas, su contundente anatomía nos revela certidumbre y acrecienta la devoción de muchos unionenses que ya preparan túnicas, capas y capuces; carburos y hachotes; picos, palas y legones; tambores y cornetas. La Semana Santa es luz y nos da vida. Otra oportunidad para crecer; un renacimiento personal si en los tiempos fríos que con la primavera dejamos atrás no

hemos conseguido activar nobles deseos ni alcanzado las conquistas comprometidas en el inicio de año.

Al compás del corazón,  
cantaban en el lavadero:  
¡Ha muerto Jesucristo,  
mi maestro y compañero!

Y junto al Señor, la Virgen María, mujer íntegra a la que aquí identificamos como la madre de un minero, transida de dolor por las puñaladas que da la vida, pero siempre fuerte y llena de esperanza. Así la concibió para nuestro Jueves Santo Paco Conesa, artista cabal y generoso al que La Unión ya echa de menos. Si Asensio Sáez es el creador literario del mito de esta ciudad alucinante, Paco Conesa le da el color y el tono preciso, como si sus óleos y esmaltes brotaran de la propia Crisoleja con la delicada luz de media tarde. No hay más que mirar a los ojos de su Virgen de la Caridad para identificar también a una mujer desconsolada tras pasar el más duro trance que le puede deparar la vida: que su hijo pierda la vida que ella misma le dio. La representó serena en su aflicción, quizás



inspirado en el recuerdo que en su sublime sensibilidad artística marcó alguna de las tantas y tantas mujeres de La Unión que perdieron en el

fondo de una galería lo que más querían en esta vida y que, sin embargo, nunca bajaron los brazos. Fuertes como roca noble, siguieron luchando hasta el final envueltas en una eterna amargura. Igual que María.

Jesús y su madre se encuentran frente a frente en las primeras horas de la madrugada del Viernes Santo en otra estampa que solo se puede ver en la plaza de esta iglesia entre muestras de fervor y devoción. Hasta aquí representamos este camino de la amargura, abriéndolo con pico y pala como obreros de la mina del Señor, alumbrado por los carburos, al compás del yunque y de la oración hecha cante.

### **La saeta**

Porque La Unión tiene manifestaciones que hacen de su Semana Santa una expresión única de religiosidad popular. Me refiero a las saetas: canto religioso tradicional, que pervive entre nosotros como herencia de la inmigración andaluza del siglo XIX y son

esencia de la procesión principal. ¡Cómo estremecen las desgarradoras plegarias a nuestras imágenes en lugares donde el tiempo parece inmóvil! La calle Quevedo, o la de Numancia, se asemejan por jondura a los tramos más genuinos de las afamadas calles de la sevillana Triana o del granadino Albaicín. Tenemos en el Concurso Nacional de Saetas un segundo gran referente del universo flamenco tras el Cante de las Minas; un firme valor cultural que hay que mimar, convencidos plenamente de que forma parte de nuestro acervo. ¡Qué gran acierto ha sido incorporar los cantes mineros de pasión a este concurso sin par, porque así era como antiguamente se rezaba aquí al Señor y a su Madre! Por los estilos sin ataduras propios de una tierra que sabe cantar abónico.

Pasado el tiempo exacto de la saeta, el silencio y el recogimiento envuelven al Cristo Yacente cuando el sol pinta de naranja la silueta del Cabezo Rajao, el Viernes Santo por la noche. Sencillo cortejo que comienza en tinieblas, pero en verdad anticipa a través de la Vera Cruz la esperanza de la salvación. Bien cerca de ella,

Santa María Magdalena penitente, cráneo en mano, testigo del milagro del tercer día, acompañando al Señor Muerto en su tránsito hacia la sepultura. En la representación del Santo Entierro, la Virgen de la Soledad despide las procesiones con el corazón encogido por el drama de su hijo.

Con Ella, San Juan, discípulo predilecto, enviado divino, cuyo protagonismo en la pasionaria minera es también centenario y mantiene intacto un singular poder de atracción popular, pese a tantas vicisitudes por las que ha pasado su hermandad. El mártir de Patmos revolucionó las procesiones con la elegante sencillez y marcialidad de sus nazarenos, que no es más que la transferencia al teatro de la pasión de los valores esenciales en la vida del sanjuanista: austeridad, compromiso y orden.

### **San Juan**

Y tú, Juan, que a tanto amor con amor correspondiste y la vida entera diste por tu Dios y tu Señor, enséñame a caminar por donde tú has caminado. Enséñame a colocar la cabeza en su costado.

(del Himno ‘Tú que revelaste a Juan’.

## Oración del sanjuanista)

San Juan Evangelista enriquece con anécdotas y curiosidades la leyenda de nuestra Semana Santa. La actual imagen, del valenciano José Alfonso Rigal, desfiló durante tres años en Cartagena con la otra cofradía de la que soy hermano de número, la Marraja, antes de ser sustituida por una talla de José Capuz y vendida al empresario minero Miguel Celdrán, que la puso entre nosotros. Hace un tiempo, su hijo Francisco Celdrán Vidal, presidente que fue de la Asamblea Regional de Murcia, recordaba nostálgico cómo él y su hermano Miguel Ángel, siendo niños, compartieron habitación durante algún tiempo, en su domicilio de la Casa del Piñón, con el 'Piel Roja', apodado así cariñosamente por el tono aceitunado de su piel.

El Discípulo Amado recuperó protagonismo en el inicio de esta etapa dorada que viven los cortejos. En aquella aventura nos embarcamos un gran número de jóvenes, arrojando un proyecto que con más ilusión que medios dio vida a los veteranos sanjuanistas y a los nuevos nos permitió ser partícipes de un momento histórico. Ropas

descartadas por viejas en Cartagena y un antiguo estandarte milagrosamente conservado en algún almacén parroquial, igual que los hachotes con sus águilas de hojalata, nos permitieron volver a constituir un grupo de penitentes para acompañarlo en las noches de Jueves y Viernes Santo. Aunque la obra sigue incompleta, la apuesta por volver a nuestros orígenes fue sincera y la mayor evidencia de ello es la recuperación del trono característico del modernismo, que aquí se llamó de piña por la forma que adquiere la arquitectura combinatoria de peanas y cartelas de luz, primorosamente adornadas de flor cortada y pinchada al modo tradicional.

Bajo el capuz vivimos momentos entrañables, como aquellas primeras salidas con las calles abarrotadas de vecinos expectantes y algunos turistas atraídos por la curiosidad que habían despertado los anuncios de la recuperación de unos desfiles auténticamente mineros. Cumplimos penitencia y tradición; también forjamos amistades en interminables tardes de ensayos que siempre acababan con un café en animada tertulia. Y en mi caso, tuve el privilegio de compartir filas con mi hermano Joaquín y el honor de llevar el

estandarte con el Águila de Patmos y el Evangelio, que, como bien suele decirse, no es otra cosa que una portada de iglesia que a través de las hileras de penitentes llevan al espectador del drama pasionario hasta el efímero altar del Discípulo Amado.

¡Qué son las procesiones, sino un sencillo mensaje para la evangelización! Catequesis en la calle mediante iconografía y simbología que ayudan al espectador a interiorizar las Sagradas Escrituras y lo invitan a entrar a este templo conmovido por los padecimientos del Señor. La Iglesia nos proporciona este periodo de cuaresma como una gran oportunidad para prepararnos como cristianos para la Pascua que en breve celebraremos. A ella llegaremos a través de las eucaristías del Domingo de Ramos y del Jueves Santo, con los oficios del Viernes Santo y con la Vigilia Pascual que antecede al luminoso Domingo de Gloria.

Soñé en la noche cerrada que aquel inocente resurgía cual Fénix, vida eterna, y a La Unión bendecía, como luz de alborada

### **La invitación**

Emplazados quedan a vivir intensamente nuestras procesiones tan genuinas y

diferentes. Yo saldré al encuentro del Cristo de los Mineros acompañado por mi hijo,

Gregorio, alegría de una casa donde se viven las procesiones todo el año y que ha hecho suya con naturalidad la pasión por la Semana Santa gracias a ese espejo en el que se mira constantemente, su madre, Pilar. Ojalá que este pregón haya avivado la llama procesionista que flamea permanente en el interior de todos ustedes y lo haga antes de que este templo del Rosario abra sus batientes de par en par. Ya solo falta que redoblen los tambores y salgan los cortejos para explorar con fe un camino de esperanza.

**Jueves Santo en La Unión** Encarnadas son sus capas como sangre del Señor. Negros, capuces y sayas, luto de redención.

Abran las puertas del templo, suenen clarines y tambor, salgan tronos y nazarenos, penitentes de dos en dos. Jueves Santo por la noche del drama, representación acompañando van a Cristo mineros de La Unión.

Ósculo traicionero, de Pedro la negación. Juan es amor verdadero en la cena postrera, fiel a Jesús Nazareno. Tintineo de tulipas cantos de fe y devoción lágrimas en la galería abren paso a la oración ¡Ha muerto el

hijo de Dios! Y la Virgen del Rosario, bello nardo que en la sierra floreció, dolorosa sale a su encuentro con el sudario en las manos ante la Casa del Piñón.

Compañerico de credo, perdona nuestras ofensas, danos tu bendición ¡Jesús de los mineros, esperanza de salvación! Ya va partiendo el cortejo, suenan clarines y tambor, salgan tronos y nazarenos abran camino al Señor. Suben la sierra minera penitentes de dos en dos, recorren un camino de gloria. ¡Gloria bendita que es La Unión!

**Gregorio Mármol Pérez**

Marzo de 2017



